

EL LIDERAZGO Y EL PODER EN MUJERES DE SECTORES POPULARES

Verónica Matus

Programa de la Mujer, Comisión de Derechos Humanos

Al pensar acerca del liderazgo y el poder, me surge la pregunta de si los problemas que presenta la gestión organizativa de mujeres en sectores populares son tan distintos de los de las mujeres de otros sectores.

Mi experiencia en el movimiento feminista y en el trabajo en programas de capacitación con mujeres pobladoras me indica que muchas de las dificultades que se nos plantean a las mujeres son similares, puesto que es en la interacción y la convivencia donde se manifiestan las dificultades con el poder y el liderazgo, propio y ajeno, independientemente del sector de que se trate.

Quisiera partir de algunas afirmaciones respecto del poder y el liderazgo en el movimiento de mujeres en Chile, para luego continuar con algunas observaciones acerca de las dinámicas entre mujeres.

En primer lugar, en nuestro país, la dictadura provocó una escisión entre el quehacer político y social. En estas condiciones, de ausencia de actores políticos, surgió el movimiento de mujeres. El cierre de los espacios públicos en cierta medida posibilitó la visibilidad de la acción de las mujeres. Sin embargo, el protagonismo de las mujeres en dictadura *no significó ganar poder*, entendido éste como la capacidad de incidir en la construcción de la convivencia social.

El liderazgo en esos años fue ejercido por grupos o colectivos que sirvieron de referencia, entre ellos "Mujeres por la Vida" o el movimiento feminista; también por ciertas instituciones de mujeres y/o programas no gubernamentales. Pero si bien en todos estos grupos existieron mujeres que se destacaban, ellas actuaron desde el poder de colectivos. En este sentido, no existió un reconocimiento explícito del liderazgo que ejercían ciertas mujeres. Sólo después de su muerte surgió con fuerza la figura de Julieta Kirkwood como una líder feminista, reconocida por el movimiento de mujeres.

Fueron tiempos de abrir caminos de resistencia y rebeldía, de aprendizajes en gestión y organización, donde se reunieron mujeres distintas: pobladoras, profesionales, militantes políticas, feministas. Los significados fueron distintos según la historia y las necesidades de cada mujer. Para algunas, el asumir una posición política desde el género, cuestionadora del sistema; para otras "salir de la casa", "romper la rutina", "aprender a hablar".

Fueron tiempos de encuentro entre mujeres de diversos sectores, de reconocer la fuerza del número. Prueba de ello es la consigna "Somos más". Desde las emociones, la rabia y el dolor provocados por el autoritarismo y el abuso de poder, o la alegría y el afecto de actuar juntas, de reconocer la fuerza de las mujeres, surgió una naciente identidad colectiva que se vio crecientemente tensionada por la diversidad.

Cabe recordar actos masivos de mujeres, como el del Caupolicán y el Estadio Santa Laura, los años 1983 y 1987, verdaderos ritos que intentaban reforzar una identidad de género a través de símbolos que rescataban la potencialidad de lo femenino. Si bien en estos actos masivos participaron mujeres que provenían de distintos sectores sociales y políticos, la expresión de la diversidad era vivida como una dificultad, como una amenaza. Las desconfianzas entre militantes y feministas; en la práctica, la diversidad, no fue valorada en los espacios de mujeres.

Hoy en día, en esta transición, el Estado y los partidos políticos han retomado su papel de intermediarios y reguladores de la política. La creación del Servicio Nacional de la Mujer inaugura un espacio institucional para tratar los problemas de las mujeres. A pesar de ello, las mujeres siguen estando ausentes, excluidas de los espacios de poder formales.

Si en este período reconocemos otro liderazgo, el de la diputada Laura Rodríguez, también se explicita el reconocimiento una vez que ocurre su fallecimiento.

Entre las mujeres que en el pasado participaron en el movimiento de mujeres hay desconcierto y descontento. El lema "Democracia en el país y en la casa" se desvaneció con la transición.

La diversidad, valorada en el discurso, en la práctica separa, diferencia y termina por segmentar a las mujeres en el Gobierno, en el Parlamento, en el municipio; a las profesionales y especialistas de las ONG, las líderes de organizaciones de base, las militantes políticas y las autónomas. Cada una actúa sin tener como referencia a las otras, en compartimientos estancos que analizan temas, fragmentando la mirada global sobre la condición de las mujeres, requisito para una propuesta política.

Sin duda, la constitución de las mujeres en actores políticos se estrella con las dificultades de un orden patriarcal y con aquéllas derivadas de nuestras propias prácticas. Es un paso el abrírnos a compartir lo que pasa con el poder entre nosotras, ponerle nombre, reconocerlo y, por sobre todo, desearlo y hacerlo deseable para las mujeres.

DINÁMICAS DE RELACIÓN ENTRE MUJERES

Una vez reunido un grupo de mujeres, la dinámica de las relaciones entre las componentes será impulsada por los vínculos afectivos y las motivaciones que cada una de ellas tenga para pertenecer a éste. El problema es que muchas veces las dinámicas adquieren un valor en sí mismas, ajenas y separadas de las finalidades del grupo.

Estas dinámicas son vividas como muy positivas cuando se logra una fuerte cohesión entre las integrantes, como por ejemplo, el participar en el momento fundacional de un grupo, el enfrentar situaciones que ponen en peligro la vida del grupo o de algunas de las integrantes. En estas situaciones, las integrantes se fusionan en un "nosotras" único y a veces imposible de reeditar. En este momento de fusión es innecesario preguntar quién ejerce el liderazgo: parece obvio que el poder se ha difundido en el colectivo.

Cuando las integrantes intentan rescatar su individualidad de ese "nosotras", se evidencian las diferencias y los problemas de poder. En mi experiencia, se excluye la diferencia y el grupo tiende a restablecer ese "nosotras" que no contiene individualidades.

EL PESO DE LA SOCIALIZACIÓN

Socializadas como reproductoras de un orden, la cotidianeidad de las mujeres transcurre en la reiteración de actos, que se repiten al infinito durante sus vidas. Esta socialización, por una parte, nos entrapa para el ejercicio del liderazgo y el poder, pero a la vez nos equipa para transformarlo. Es la misma socialización que nos enseña a ser concretas, a mejorar la vida, a desplegar afectos.

La vida cotidiana

El ritmo del tiempo cotidiano marcado por los ritos establece la norma y al mismo tiempo la legitima. Cualquier alteración, cualquier cambio en los ritos cotidianos provoca un conflicto que será resuelto volviendo o intentando volver al orden. No cabe la pregunta ¿por qué? ¿para qué? Repito cada día este o ese acto. La sola pregunta supondría la construcción de una finalidad. Tampoco existen procedimientos, sólo existen "maneras de hacer".

Cuando el horizonte de relaciones se amplía, surge la necesidad de normas, de pactos, de acuerdos, reglas del juego. Esto imprime un ritmo distinto a la convivencia, permitiendo la relación de distintos modos de hacer que se validan mutuamente. Al entrar las mujeres a espacios de convivencia, lo hacen sometiéndose o trasgrediendo la norma. La sumisión o la trasgresión son dos polos de un mismo eje, por el que transitan las mujeres. Ninguno de los dos caminos permite construir una normatividad distinta; al contrario, perpetúa el orden que conocemos. Las organizaciones de mujeres llegan a darse sus normas, pero las cambian o las pasan a llevar constantemente, no generan "institucionalidad" propia.

Otro problema se presenta con la alternancia en el poder, tema sobre el cual pueden existir normas o acuerdos. No resulta fácil para la líder que sale aceptar a la nueva elegida.

La huella imborrable de la madre

La socialización de las mujeres pone al centro, como un elemento de identidad, la necesidad de afecto, de seguridad, de reconocimiento. Las emociones mueven a estar juntas, y las razones a veces van por otro carril. No es fácil integrar emoción e ideología.

¿Quién mejor que la madre para darnos el afecto y la seguridad que buscamos? El poder de la madre jerarquizará a las integrantes según sus preferencias y el grado de cercanía con ella. La omnipotencia de la madre escoge hijas predilectas, traviesas, difíciles; también designa quien es "buena amiga" y quien es una "advenediza", asimilando a los grupos de mujeres más a familias que a organizaciones.

LAS ORGANIZACIONES DE MUJERES, ENSAYOS Y ERRORES

Señalo algunas dificultades que se expresan de distintas maneras en sectores populares, en las instituciones y en los grupos feministas. Creo que es importante atenderlas, en tanto las formas de establecer vínculos marcan las relaciones que establecen las organizaciones de mujeres con el mundo externo, entre grupos de iguales o con otras organizaciones.

"Satanás es el patriarcado"

El patriarcado ha pervertido todo con sus relaciones de dominación. Las guerras, la pobreza y la destrucción del medio ambiente, el Estado y las instituciones son el resultado de esta fuerza del mal. En consecuencia, las mujeres debemos reinventarlo todo, todo; desde el hilo negro hasta la política.

Esta posición lleva a una "sobreideologización" que despoja a las mujeres de su calidad de persona concreta, y las lleva a ser una abstracción sin ninguna referencia a contexto, espacio, tiempo, posición.

Las organizaciones que tienen estos planteamientos se estructuran como secta y se relacionan con el mundo como tales. Siempre hay personas o instituciones que las persiguen o combaten, el mundo externo es amenazante. El liderazgo en estos casos es ejercido por una suerte de mujer-gurú.

"Somos toda pureza y esencia"

Las mujeres son puras, buenas, son una suerte de fuerza pacificadora que trae el amor. Aspiran a no contaminarse con el sucio mundo del poder, y si están en esos espacios denuncian lo feo que es. Valoran el testimonio, el servicio y el sacrificio. Proviene de alguna vertiente militante, que puede ser política, de iglesia o feminista.

Concentradas en su vocación de limpieza, no se plantean incidir en los cambios. Temen a los planteamientos radicales y son exigentes respecto de la consecuencia de las mujeres.

El liderazgo lo ejerce una madre sacrificada y el grupo se constituye como una familia tradicional, con hijas que colaboran en la gestión; los problemas quedan en familia. Este tipo de grupo es bastante homogéneo ideológicamente.

"La maldita lógica binaria"

La lógica binaria tan propia del orden patriarcal, dicotomiza todo, polariza y excluye. No admite matices ni contradicciones, menos posibilidades de integrar elementos diversos.

Entre mujeres, repetimos esta lógica, otorgándonos sólo dos alternativas:

- Las principistas versus las ávidas de poder,
- Las unas y las otras,
- Las políticas y las autónomas,
- Las amigas y las enemigas,
- Las del metro cuadrado y las que ya salieron de la casa,
- Las pobladoras y las de las ONG,
- Las del municipio y las de la organización.

Sería muy largo de seguir. Esta lógica nos cierra posibilidades, en vez de abrir caminos. Resta creatividad, reduce las posibilidades de acción y muchas veces termina uniformando lenguajes, discursos, prácticas y comportamientos. Cierra caminos a las expresiones de diversidad y de diferencia.

CONCLUSIONES

¿Si las mujeres han ganado poder? ¿si ejercen un liderazgo en sus comunas? ¿si participan de los procesos de desarrollo local? ¿y si éstos implican desarrollo desde una perspectiva de género?

Sin duda, hay un camino iniciado por mujeres, pero hasta ahora no ha significado más poder formal para las mujeres. No tenemos hoy día más capacidad de incidir que hace veinte años. Crecientemente se atienden más necesidades de mujeres en los municipios. Es un paso, pero dista de ser una política de género; para ello se necesita poder formal, alcaldesas, concejales a la par con técnicos en el espacio comunal, en el Congreso y en los ministerios.

La convivencia es las relaciones que se establecen entre individuos e individuos, la democracia es los procedimientos para garantizar esta convivencia. De manera que si pensáramos cuáles son los procedimientos y mecanismos para hacer realidad una convivencia sin jerarquizaciones de un sexo sobre otro, donde mujeres y hombres puedan desarrollar sus potencialidades, estaríamos generando una institucionalidad que efectivamente contenga nuestras propuestas. Para ello se requiere de mujeres en espacios de poder, de delegación de poder, de pactos.

Hay dos acciones concretas que también contribuirían al ejercicio del liderazgo y del poder entre mujeres: crear nuestra propia normatividad, procedimientos para formalizar los liderazgos, negociar entre nosotras y atender que pasa en nuestras relaciones; y reconocer a mujeres como mediadoras, en los partidos o en esferas del poder del Estado. Las redes permiten traspasar los espacios y establecer complicidades y pactos a través de los diversos espacios.